

La encíclica *Laudato Si'* y el papel de la Iglesia para proteger la naturaleza

Fernando Chica Arellano

*Doctor en Teología Dogmática por la
Pontificia Universidad Gregoriana y Observador
permanente de la Santa Sede ante la FAO*

Resumen: El artículo estudia el papel de la Iglesia en el cuidado de la creación, a partir de una relectura teológica de la *Laudato Si'*. El autor realiza un fino análisis de la encíclica que logra conectar ecología, antropología y escatología. Además, esta presentación tiene el valor de ser no solo un estudio riguroso a nivel científico, sino también el testimonio vivencial del Observador permanente de la Santa Sede ante la FAO.

Abstract: This article studies the role of the Church in the care of creation, based on a theological rereading of *Laudato Si'*. The author makes a fine analysis of the encyclical that manages to connect ecology, anthropology and eschatology. In addition, this presentation has the value of being not only a rigorous scientific study, but also the living testimony of the Holy See Permanent Observer at the FAO.

Es oportuno volver la mirada a la encíclica *Laudato Si'* sobre el cuidado de la casa común (en adelante LS), que fue firmada por el Santo Padre el 24 de mayo de 2015, domingo de Pentecostés, con el fin de elaborar nuevas reflexiones. Su promulgación generó un vivo interés, dio lugar a notables iniciativas y relanzó la temática ambiental en sectores eclesiales, a la vez que servía para generar puentes con ambientes universitarios, económicos, políticos y sociales sobre cuestiones de vital importancia para la hora presente.¹

¹ “La encíclica *Laudato Si'* abre nuevas perspectivas a las relaciones habituales entre la Iglesia y el conjunto de las ciencias. No solo estamos ante un texto importante para las Ciencias de la Vida o las Ciencias de la Naturaleza, sino para las Humanidades y el conjunto de las Ciencias Sociales. Por primera vez nos encontramos ante un texto que asume las aportaciones actuales de todas las ciencias y no va dirigido únicamente a la comunidad eclesial. El texto está construido con las aportaciones de las ciencias y tiene como finalidad interpelar a toda la humanidad ante la gravedad de la situación ecológica. Esto lo convierte en un documento ‘fundacional’ porque asume el consenso científico ante la crisis ambiental y sienta las bases para marcar un rumbo conjunto

Como el buen vino, el sabor de este documento papal se va aquilatando con los años, su contenido no pierde vigencia con el paso del tiempo y continúa atrayendo las miradas de cuantos se acercan a él. Desde que fuera publicada, la encíclica ha puesto ya de relieve que es un instrumento útil para el intercambio de ideas entre aquellos que, con sincero corazón, dedican su vida a la búsqueda de la verdad. En este pacto por el bien común, se necesita la convergencia de variadas disciplinas (cf. LS n. 135), en particular las que se concentran en el saber técnico y científico, pero también en las dedicadas a la economía y la comunicación.² Así se hace realidad el deseo del Papa Francisco, que con este pronunciamiento magisterial deseaba entablar un coloquio con todos los que habitamos el planeta tierra (LS n. 3), ese espacio materno y fraterno, en el que estamos invitados al compartir, a la solidaridad, al encuentro, pero sobre todo a la cultura del esmero, a la tutela y salvaguarda de un tesoro que no es fruto de nuestro esfuerzo, sino don del Creador, y que nosotros estamos llamados a custodiarlo y embellecerlo, nunca a explotarlo inmisericordemente y mucho menos a destruirlo.³

La vitalidad y pujanza de LS estriban en la riqueza de su contenido y en la claridad y audacia de su exposición. La lectura del texto siembra un dinamismo interno que conduce a quien a ella se acerca a una implicación directa en la solución de los problemas que afectan a nuestro planeta (cf. LS n. 19).

El Santo Padre, con un lenguaje poético, señala que la tierra gime y grita por las heridas que el hombre le ha causado, claman igualmente los pobres que las sufren de forma particular (cf. LS n. 2). Y de estos gritos se hace eco de modo especial la encíclica, para que quien entre en contacto con ella no mire hacia otro lado ni se inhíba ante el dolor ajeno. Antes bien se ha de desprezarse del sopor causado por el egoísmo que a menudo asalta y atenaza o por la insensibilidad que con frecuencia ciega el alma. De este modo, el lector no puede quedar indiferente ante las cuestiones que le vienen planteadas en el texto pontificio. Por este motivo, el documento no deja de abrir horizontes, incentivar reflexiones, irradiar alternativas y estímulos, así como alertar sobre coyunturas que han de resolverse con urgencia si no queremos que lo que hoy se llama “progreso”, en realidad, haya que calificarlo como “retroceso”, porque los avances en tecnología y ciencia tal vez hayan incrementado en el hombre su erudición, pero no su humanidad. Si los avances técnicos y científicos de las últimas décadas han posibilitado un desarrollo sin precedentes en numerosos ámbitos, acabando con enfermedades, eliminando penurias y mejorando las condiciones de vida de una multitud ingente de personas,

entre creyentes y no creyentes”: Agustín DOMINGO MORATALLA, “Ciudadanía ecológica en la edad secular. La transformación integral de la síntesis humanista”, (coord. A. GALINDO GARCÍA), *Loado seas mi Señor y ecología integral. Comentarios a la encíclica Laudato Si’ del Papa Francisco*, Salamanca, Servicio de Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2016, 35.

² Cf. Fernando CHICA ARELLANO, “L’umanesimo è green. Le implicazioni antropologiche, sociali ed ecumeniche dell’ecologia di papa Francesco”, *Il Regno* 1290 (2018) 598-602.

³ Cf. Gonzalo TEJERINA ARIAS, “El horizonte del don o la perspectiva verdadera”, (coord. A. GALINDO GARCÍA), *Loado seas mi Señor y ecología integral*, 19-34.

no es menos cierto que el salto que se ha dado en muchos campos ha dejado al descubierto lo frágil que es la vida humana en determinadas regiones de la tierra, los perjuicios ocasionados a nuestro planeta y los excesos cometidos, con transformaciones que no siempre han sido beneficiosas para el ser humano.⁴

No es extraño, por tanto, que el contenido de este documento pontificio haya superado los confines de la Iglesia y sea objeto de análisis y debate en múltiples foros internacionales, académicos, ecológicos, juveniles, asociativos, etc. Las afirmaciones de esta encíclica mantienen su valor y capacidad de sugerencia, sin que el tiempo las marchite o angule. Y esto porque la palabra del Sucesor de Pedro, cuando aborda una temática en la encíclica, no usa lugares comunes, ni cae en tópicos ajados, vagas generalizaciones o afirmaciones manidas. Más bien alienta a mirar la creación de forma novedosa, es decir, con ojos de profeta, para no quedar seducidos por el inmediateismo, el cortoplacismo o el pragmatismo reduccionista. Se trata de pensar y actuar con decisión y eficiencia con vistas al futuro. Y esto requiere mirar el conjunto, la complejidad de los problemas, para percibir el entramado sistémico que engloba las cosas. Para ello se precisan ojos de poeta, que son los que evitan la superficialidad anodina en los planteamientos y el sesgo o la parálisis en las decisiones tendentes a velar por nuestro entorno.⁵

En este contexto, es obligatorio citar que la novedad del texto papal y la perspicacia de sus sugerencias llevaron a la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), foro internacional dedicado a la lucha contra el hambre y la promoción del sector agrícola en el mundo, a dedicar una sesión entera a la presentación pública del documento.⁶

En la FAO *Laudato Si'* es un texto que está presente, irradiando un benéfico influjo. Las sugerencias del Papa vienen utilizadas y citadas, como acervo de sabiduría que crea consenso y ofrece indicaciones de presente y pistas para el futuro. Esto manifiesta que la palabra de Su Santidad no solo impulsa el cuidado de la casa común, sino que ella misma es una casa abierta, un aliciente para el diálogo y la concordia, un valioso acicate para no olvidar que la tierra ha de seguir siendo un hogar que nutra, albergue y ampare a los que vivimos en ella hoy, en particular a los menos favorecidos, pero también a los que vienen detrás de

⁴ Del 29 de noviembre al 1 de diciembre de 2017, se celebró en San José de Costa Rica, con la participación de un número significativo de especialistas, procedentes de más de 24 países de América Latina, Asia y Europa, un congreso que analizó la encíclica *Laudato Si'* desde variadas claves y perspectivas. Las actas del mencionado congreso fueron publicadas en: Federico LOMBARDI – Fernando SÁNCHEZ CAMPOS (eds.), *Laudato si'. El cuidado de la casa común, una conversión necesaria a la ecología humana*, Madrid, BAC, 2018. Dicho volumen, valioso por la calidad de los estudios que contiene, fue presentado solemnemente en la sede central de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), el 8 de noviembre de 2018.

⁵ Cf. Enrique FIGUEROA CLEMENTE, *La ecología del papa Francisco: un mensaje para un planeta y un mundo en crisis*, Madrid, BAC, 2016, 25.

⁶ Las intervenciones fueron recogidas en una cuidada publicación: FAO, *Laudato Si' sobre el cuidado de la casa común. Discursos de presentación de la última encíclica papal en la FAO*, Roma, FAO press, 2016.

nosotros, a las nuevas generaciones, que habrán de estar en este espacio común dignamente y no quejándose porque les hayamos dejado, en vez del jardín que Dios pensó al crearlo, un cúmulo de miserias y porquerías (cf. LS n. 21).⁷

1. ACOGERSE A LO SAGRADO

En los foros internacionales es de suma trascendencia el manejo de claves para estudiar las problemáticas que signan a la humanidad. Pero no bastan los estudios, restringirse a la elaboración de estadísticas o quedarse en el acopio de datos. Los grandes retos de la hora presente no se afrontan solo formulando teorías abstractas o realizando interminables eventos. No será la retórica la que salve al mundo. Los flagelos que golpean a los postergados de nuestra sociedad requieren acciones perentorias, sistemáticas e incisivas que los erradiquen. A este respecto, el Papa no se contenta en su encíclica con analizar la situación actual de la humanidad, tanto en las grietas que se observan en el planeta que habitamos, como en las causas más profundamente humanas de la degradación ambiental. La envergadura de las deficiencias existentes indica la necesidad de un cambio de rumbo y sugiere algunas pautas concretas, inalcanzables por otra parte si no se dialoga y coordinan propuestas. Y esto es precisamente lo que *Laudato Si'* aporta. El documento afirma que no basta con los análisis. Hace falta un coloquio sincero entre todos. Se necesitan acciones coordinadas y un diálogo franco e interdisciplinar, ya que el futuro que todos queremos solo será fruto de la colaboración leal y consensuada, no de propuestas singulares y avasalladoras. Tampoco puede ser resultado de nocivos protagonismos. Queda claro, entonces, que LS emplaza el diálogo como eje del proceso de transformación social, indicando en su capítulo quinto los diversos actores y los múltiples contenidos que deben integrar dicho diálogo (cf. LS n. 163-201), que tiene igualmente connotaciones sociales y políticas a las que la encíclica no es ajena y que el Santo Padre aborda desde la tradición bíblica y la doctrina social de la Iglesia⁸. A este propósito, el documento pontificio bosqueja grandes caminos de diálogo, senderos concordes que muestran que es posible salir de la espiral de autodestrucción en la que el mundo está sumergido. Puesto que todo está entrelazado, no puede ser un solo hilo el que cuente. No una voz única, una nota contundente. Sabemos

⁷ A este respecto véase: Jaime TATAY, sj, *Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) – 2015 (LS)*, Madrid, BAC, 2018. Esta obra ahonda en el largo, complejo y rico proceso de recepción y formulación de las problemáticas ambientales en la Iglesia católica, desde la *Rerum novarum* del Papa León XIII (1891), hasta la encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco (2015), mostrando la evolución del pensamiento social católico y su capacidad para abrirse e incorporar los argumentos que más interés despiertan en nuestros días.

⁸ Un comentario al capítulo quinto de LS puede hallarse en: Fernando CHICA ARELLANO, "La acción ecológica: líneas de orientación en *Laudato Si'*", (eds. Fernando CHICA ARELLANO – Carlos GRANADOS GARCÍA), *Loado seas, mi Señor. Comentario a la encíclica Laudato si' del papa Francisco*, Madrid, BAC, 2015, 105-122; Fernando CHICA ARELLANO, "Reflexiones en torno al capítulo quinto de la encíclica del Santo Padre Francisco *Laudato Si'*", *Salmanticensis* 63 (2016) 389-412.

bien que la belleza y sonoridad de una sinfonía no depende de un instrumento sino de la armonía de la orquesta. No será una visión aislada, una sola mano, un esfuerzo titánico el que triunfe en solitario. LS dice que entre todos encontraremos la solución a los problemas. Será la sinergia de ideas y la complementariedad de iniciativas las que indiquen el camino de salida. Esta perspectiva coral es la que deja espacio a la Iglesia para que sus propuestas sean escuchadas, para que su aportación pueda ser acogida y su sabiduría atendida.⁹

LS indica precisamente que la Iglesia puede y debe contribuir al cuidado del medio ambiente. Ella tiene una valiosa palabra al respecto. Es decir, en cuanto a la tutela y salvaguarda de nuestro planeta, la Iglesia forma parte de la solución, no del problema.¹⁰

En este sentido, hace algunas semanas la revista *The Economist* informó sobre la reciente investigación científica de un equipo liderado por el Dr. Piotr Skorka sobre la biodiversidad de los pájaros en el norte de Europa. Se trataba, sobre todo, de averiguar si algunos tipos de edificios o construcciones favorecían dicha riqueza de especies.

Los resultados fueron sorprendentes, en cuanto que los investigadores determinaron que las iglesias eran el lugar donde los pájaros encontraban un hábitat mejor y donde se podían observar más variedad de aves, superando incluso a granjas cercanas.¹¹ Las razones pueden imaginarse: estos templos, muchas veces con curvas barrocas y con superficies muy sinuosas, ofrecían distintas posibilidades de edificar nidos; además, normalmente había un pequeño huerto adyacente, que también protegía a los animales. Pero me interesa ahora recoger esta anécdota por su valor simbólico. De hecho, el articulista de *The Economist* escribe: “También ayudaba el que estos edificios [las iglesias] hubieran sido designados para estar más cerca de Dios. Cuanto más alto el edificio, más especies de pájaros albergaba”.

Más allá de los templos o iglesias, quería preguntarme por el papel de la Iglesia misma en el cuidado de la naturaleza, tal y como este papel se especifica en la encíclica del Papa Francisco *Laudato Si'*. Inspirándonos en lo que decía G. K. Chesterton en su breve texto “Gallo que no canta”, podremos confirmar que “la naturaleza está perseguida, y se ha acogido a sagrado”.¹²

⁹ Sobre esta temática puede consultarse: Juan de Dios LARRÚ, “Ecología humana”, (eds. CHICA ARELLANO –GRANADOS GARCÍA), *Loado seas, mi Señor*, 123-144.

¹⁰ Cf. Julio L. MARTÍNEZ, “*Laudato Si'* y la cuestión socio-ambiental”, (ed. Enrique SANZ GIMÉNEZ-RICO), *Cuidar de la Tierra, cuidar de los pobres. Laudato Si' desde la teología y con la ciencia*, Santander, Sal Terrae, 2015, 23-49.

¹¹ Cf. “Churches help to preserve bird biodiversity. They support more species than do nearby farm-houses”, *The Economist* (13 de septiembre de 2018). El estudio completo se publicó en la revista *Biological Conservation*.

¹² La frase exacta es: “human nature is hunted and has fled into sanctuary”: Gilbert Keith CHESTERTON, “The Little Birds Who Won’t Sing”, (ed. John GUEST), *Selected Essays*, London, Collins, 1939, 93.

2. ALGUNOS PUNTOS PARA LA REFLEXIÓN

¿Qué aporta la Iglesia a la conservación y salvaguarda del ambiente? Creo que Laudato Si' ofrece claves importantes y puntos significativos para una respuesta. Me detengo en su enumeración sin pretender con esto ser exhaustivo.

a) El primer punto es, por así decir, negativo, o por contraste. Muestra que donde hay una menor presencia de la Iglesia en el mundo se ha acrecentado la crisis ecológica.¹³ Para entenderlo hay que ver que la modernidad, corriendo pareja al proceso de secularización, ha traído también una pérdida de respeto por el mundo natural. Es un argumento que el Papa Francisco desarrolla cuando habla, en el tercer capítulo de Laudato Si', sobre la tecnología y la raíz de la crisis ecológica. Según el Papa, que sigue aquí a su maestro Romano Guardini (cf. LS n. 105),¹⁴ la tecnología amenaza el ambiente por la misma lógica que conlleva,

¹³ Tal afirmación se opone frontalmente contra la acusación, muy difundida en ámbitos secularistas, de que es precisamente la teología cristiana la que ha brindado el apoyo intelectual a un abuso de los recursos naturales, y esto a partir de los comentarios que circulaban normalmente acerca de los relatos de la creación contenidos en el libro del Génesis. En pocas y lúcidas palabras describe un teólogo alemán el *status quaestionis* sobre este punto: “El gran desafío que implicaba el primer informe del Club de Roma del año 1972 acerca de los ‘límites de crecimiento’ para toda la comunidad occidental y para su hasta entonces amplia y acríticamente aceptada ‘fe en el progreso’ alcanzó también, muy pronto, como era de esperar, a la teología. Por un lado, tuvo que defenderse contra la vehemente acusación lanzada desde algunos años antes, sobre todo en el espacio anglosajón, y también luego, sin demora, en el germano-parlante, de que el cristianismo había sido el responsable principal —debido a sus fundamentos bíblico-teológicos sobre la creación y a su moderna evolución hacia un antropocentrismo demasiado unilateral— de la explotación esquilmadora de la naturaleza. Así se advierte ya en el simple hecho de que la destrucción del medio ambiente a gran escala debe adscribirse a la civilización occidental, marcadamente acuñada por el pensamiento cristiano. Por otro lado, la teología (sobre todo la teología moral, aunque también la teología sistemática de la creación) se vio urgida, tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, con la esperanza de que sería capaz de aportar una contribución propia, sustentada por la fe cristiana, a esta problemática ecológica y a la superación de la crisis por ella misma denunciada. Sobre ambos conceptos ha aparecido mientras tanto una inabarcable literatura”: Medard KEHL, *Contempló Dios su obra y estaba muy bien. Una teología de la creación*, Barcelona, Herder, 2009, 548-549.

¹⁴ Romano Guardini fue el autor sobre el que el Papa Francisco pensaba realizar su tesis doctoral. El estudio de la obra de este gran teólogo alemán dejará un poso en la vida y el quehacer pastoral de J. Mario Bergoglio. A este respecto, puede consultarse: Mariano FAZIO, *El Papa Francisco. Claves de su pensamiento*, Madrid, Rialp, 2013, 25. Para acercarse a la biografía y a los puntos salientes del pensamiento de Guardini, pueden consultarse las siguientes obras de referencia: Marcello ACQUAVIVA, *Il concreto vivente. L'antropologia filosofica e religiosa di Romano Guardini*, Roma, Città Nuova, 2007; Hans URS VON BALTHASAR, *Romano Guardini. Riforma dalle origini*, Milano, Jaca Book, 2000; Henri ENGELMANN - Francis FERRIER, *Introduzione a Romano Guardini*, Brescia, Queriniana, 1968; Loretta IANNASCOLI, *Verità e ricerca. La gnoseologia di Romano Guardini a confronto con la filosofia del senso comune*, Roma, Leonardo da Vinci, 2008; Luigi NEGRI, *L'antropologia di Romano Guardini*, Milano, Jaca Book, 1989; Andrzej KOBYLINSKI, *Modernità e postmodernità. L'interpretazione dell'esistenza al tramonto dei tempi moderni nel pensiero di Romano Guardini*, Roma, Pontificia Università Gregoriana, 1998; Paola PAGANELLI, *Una fede che diviene cultura. Alla scuola di Romano Guardini*, Siena, Cantagalli, 2005; Joachim REBER, *Incontro con Romano Guardini*, Lugano, Eupress-FTL, 2004; Enrico SCARPELLO LUCANIA, *Romano Guardini. I fondamenti teologici del potere*, Roma, Studium, 2014; Alfonso LÓPEZ QUINTÁS, *Romano Guardini, maestro de vida*, Madrid, Palabra, 1998; ID., *La verdadera imagen de Romano Guardini*, Pamplona, Eunsa, 2001. Es importante subrayar que, tras las referencias a

es decir, independientemente de que la usemos bien o mal. El paradigma tecnológico nace cuando se mira al mundo entero como una máquina, y se imagina el trabajo del hombre como una modificación de esa gran máquina para que rinda más. Pues bien, este modo de ver el mundo tuvo un origen teológico, en el deísmo de la Ilustración, que pensaba en Dios como el gran relojero, que se limitaba a dar marcha a la maquinaria del mundo. Si el hombre se parecía a Dios, es porque él también podía tratar al mundo como una máquina. A este respecto el Papa Francisco puntualiza de forma luminosa y atinada:

“Es como si el sujeto se hallara frente a lo informe totalmente disponible para su manipulación. La intervención humana en la naturaleza siempre ha acontecido, pero durante mucho tiempo tuvo la característica de acompañar, de plegarse a las posibilidades que ofrecen las cosas mismas. Se trataba de recibir lo que la realidad natural de suyo permite, como tendiendo la mano. En cambio ahora lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas por la imposición de la mano humana, que tiende a ignorar u olvidar la realidad misma de lo que tiene delante. Por eso, el ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados. De aquí se pasa fácilmente a la idea de un crecimiento infinito o ilimitado, que ha entusiasmado tanto a economistas, financistas y tecnólogos. Supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a «estrujarlo» hasta el límite y más allá del límite. Es el presupuesto falso de que existe una cantidad ilimitada de energía y de recursos utilizables, que su regeneración inmediata es posible y que los efectos negativos de las manipulaciones de la naturaleza pueden ser fácilmente absorbidos” (LS n. 106).

b) Nuestro segundo punto responde al primero, presentando la alternativa de la fe. Es lo que aborda el Obispo de Roma en el segundo capítulo de *Laudato Si'* “El evangelio de la creación”.¹⁵ ¿Cuál es la visión cristiana del mundo, opuesta a la del mundo-máquina? ¿Cómo ayuda esta visión al cuidado de la ecología? Para la fe el universo no es una máquina a la que Dios pone en marcha para que avance por sí sola, sino una casa donde Dios quiere habitar con el hombre.¹⁶

la Biblia y al Magisterio pontificio, es Guardini uno de los pensadores mayormente citados en la encíclica LS, con siete referencias expresas. De esta manera, el Santo Padre pone de relieve que la palabra y los razonamientos de este conspicuo teólogo italo-alemán siguen siendo brújula y luz para el hombre de nuestro tiempo. La influencia de Guardini en LS, por lo demás, no se restringe solo a que el Papa lo cite frecuentemente en la encíclica, sino a una verdadera sintonía de pensamiento entre el conjunto de las obras de Guardini y ciertos planteamientos del Santo Padre en su exposición. Cf. Gaspar HERNÁNDEZ PELUDO, “El trasfondo de Romano Guardini en la encíclica *Laudato Si'*”, en (coord. GALINDO GARCÍA), *Loado seas mi Señor*, 229-264.

¹⁵ Sobre esta temática puede consultarse: Gerardo DEL POZO ABEJÓN, “El evangelio de la creación”, (eds. CHICA ARELLANO –GRANADOS GARCÍA), *Loado seas, mi Señor*, 183-238.

¹⁶ “La conciencia creyente tiene que realizar aquí una diferenciación radical: el mundo no es ‘natural’, sino creación, y creación en el puro sentido de la obra producida por una acción libre. El mundo no es nada ‘natural’, evidente, nada que se justifique por sí mismo, sino que necesita de la fundamentación; y esta fundamentación tiene lugar desde la instancia que lo ha creado en su esencia y realidad. Que el mundo haya sido creado no depende de la actuación de una causa

Solo desde este punto de vista puede el hombre aprender a respetar lo creado. Por el contrario, cuando el Templo deja de tener importancia para el hombre, el hombre ya no mira al mundo como un templo, y se cree con autoridad para explotarlo. Es lo que afirma el Papa Francisco, cuando nos presenta la creación como una casa o, más bien, una casa viviente, es decir, un jardín habitable:

“No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada [...] Es importante leer los textos bíblicos en su contexto, con una hermenéutica adecuada, y recordar que nos invitan a ‘labrar y cuidar’ el jardín del mundo (cf. Gn 2,15). Mientras ‘labrar’ significa cultivar, arar o trabajar, ‘cuidar’ significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras. Porque, en definitiva, ‘la tierra es del Señor’ (Sal 24,1), a él pertenece ‘la tierra y cuanto hay en ella’ (Dt 10,14)” (LS n. 67).

Dios no aparece aquí como un maquinista, sino más bien, como un arquitecto o, incluso mejor, como un agricultor que ha creado su jardín. Su acto creador es mucho más poderoso, pues no se ha limitado a yuxtaponer elementos, como los de un reloj o turbina, que son movidos desde fuera por leyes fijas, sino que ha creado un hábitat de vida, porque Él mismo es el Dios de la vida. Es decir, Dios no ha dado al mundo solo un orden externo, sino que ha dado al mundo interioridad, deseo de vivir, interés por mantenerse, por crecer, por ser fecundo. Así, se ha tomado plenamente en serio la actividad de su creación, dotándola de vitalidad propia y, por eso, digna de ser respetada en sí misma. Solo confesando a un Dios vivo, que es el Dios del Evangelio, capaz de entrar en contacto con nosotros, de forjar una alianza, es posible confesar que el mundo está vivo, y que por tanto pide el respeto propio de la vida.¹⁷

pensable según el esquema de la energía natural, sino de un acto que —tomada la palabra en su más amplio sentido— reviste el carácter de la ‘gracia’ [...] Dicho de otra manera: el mundo no tiene que ser, sino que es, y por ello ha sido creado. El acto por el cual fue creado no fue, a su vez, un acto que tuvo que acontecer, sino que aconteció porque fue querido. ‘Hubiera podido también no ser querido’, pero fue querido, porque fue querido. Es decir, el mundo no es una necesidad, sino un hecho querido. Aquí se encuentra lo decisivo en la conciencia bíblica de la existencia: el mundo está fundamentado por un acto [...] El motivo del acto de la creación —así se deduce de toda la Escritura— es el amor. Este amor, a su vez, no debe, sin embargo, determinarse por la categoría de lo natural [...] Lo que éste significa es la actitud íntima del Dios libre, sustraída a todo ‘porqué’ proveniente del mundo”: Romano GUARDINI, *Mundo y persona. Ensayo para una teoría cristiana del hombre*, Madrid, Encuentro, 2000, 24-25.

¹⁷ Cuando la *Laudato Si'* habla de creación hay que entender correctamente esta categoría, dentro de su compleja intelección teológica. Quizá el mayor riesgo para una adecuada recepción de este documento del Magisterio radique en la devaluación —con frecuencia inconsciente— que del término *creación* ha acontecido en una gran parte del Pueblo de Dios. De nuevo la lucidez de M. KEHL nos da la clave (op. cit. 553): “Si en el contexto de la apuesta por la paz y la justicia en el mundo, exigida a los cristianos, se habla también a la vez de conservación de la creación, sólo puede referirse a la naturaleza, es decir, al medio ambiente natural del hombre, cultural y técnicamente remodelado y reelaborado, y más en particular a las criaturas no humanas de nuestra tierra. En el

c) Y pasamos así al tercer punto, que se refiere al papel del hombre en la creación. Francisco se opone, como decíamos, a una visión del hombre como jefe absoluto del mundo. Por eso rechaza lo que llama “antropocentrismo desviado” (LS n. 69), es decir, un “antropocentrismo despótico que se desentiende de las demás criaturas” (LS n. 68). Hay un antropocentrismo justo, porque es verdad que, según la fe cristiana, Dios ha creado el mundo para el hombre, en último término para Cristo.¹⁸ Solo en el hombre el mundo entero se convierte en un don, porque el hombre es el único capaz de recibir de Dios ese don y de acogerlo libremente. Por eso se rechaza también un “biocentrismo”, que elimine la distancia entre el ser humano y las demás formas de vida (LS n. 118). Como respuesta hay que decir que el hombre es administrador de los bienes de Dios, es el hijo llamado a trabajar en la casa de su Padre. Y, por eso, la crisis ecológica es una crisis del hombre, y solo se podrá afrontar si se aprende a regenerar al hombre, a devolverle su papel de imagen de Dios, responsable del don que le ha dado el Creador. Escuchemos de nuevo a Francisco:

“No habrá una nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología. Cuando la persona humana es considerada sólo un ser más entre otros, que procede de los juegos del azar o de un determinismo físico, ‘se corre el riesgo de que disminuya en las personas la conciencia de la responsabilidad’” (LS n. 118).

lenguaje ordinario, la palabra ‘creación’ alude a menudo tan solo a esta parte de nuestro mundo. Pero en ningún caso está justificado que la Iglesia, incluida la teología, haga suyo este uso lingüístico de la creación, reducido a la naturaleza y a las relaciones del hombre con ella. En este caso, en efecto, se perdería poco a poco por completo la conciencia de que la creación, en cuanto tal, que incluye al universo entero y también, y precisamente, al hombre mismo y al mundo modelado por el hombre, sólo puede ser ‘conservada’ por su Creador. Y el Creador preserva la creación única y exclusivamente porque —a despecho de todos los fallos de las criaturas humanas— se mantiene fiel a su aprobación incondicional de la creación pronunciada una vez y para siempre y definitivamente confirmada en la encarnación de su Hijo. En su fidelidad, Dios no sólo mantiene la existencia de la creación sino también su bondad indestructible, que se fundamenta justamente en que es permanentemente amada por Dios. En este contexto, la fe puede hablar con entera razón de la ‘conservación de la creación’ (*conservatio mundi*). Pero esta conservación se inscribe esencialmente en la acción creadora de Dios y no se la puede equiparar, por tanto, desde el punto de vista de la terminología, con la indiscutible responsabilidad creada del hombre por su mundo existencial”.

¹⁸ Justamente esta ordenación cristológica —que, por serlo, es también teológica— es la clave de bóveda para una recta comprensión cristiana del antropocentrismo. Ulrich LÜKE, *El manífero agraciado por Dios. Evolución-conciencia-libertad*, Salamanca, Sígueme, 2018, 130-137, ha puesto recientemente de manifiesto cómo la presentación cristiana del antropocentrismo ha de conllevar explícitamente esta matización teocéntrica, porque en las ciencias “se está habituado a considerar al ser humano más desde la perspectiva de su origen natural que desde la de su origen sobrenatural; más desde la perspectiva de su origen animal que desde la de su origen divino”. Este autor, de clara influencia rahneriana, expone convincentemente que el antropocentrismo cosmológico descrito en el siglo pasado por teólogos como K. Rahner o J. Mouroux, puede ser incomprensible en la actualidad porque sus presupuestos trascendentales implícitos no son ya fácilmente acogidos y necesitan ser especificados. Semejante impronta teocéntrica del antropocentrismo conlleva, además, una consideración dinámica del concepto: “sólo puede tratarse de un antropocentrismo que conciba intelectualmente al *anthropos* como un ser en devenir” (133).

Ya unos años antes de este texto citado del Santo Padre, en un documento titulado *Comunión y servicio: la persona humana creada a imagen de Dios*, publicado el 23 de julio de 2004, a finales del pontificado de san Juan Pablo II, la Comisión Teológica Internacional había explicado con toda lucidez el sentido que tiene el dominio del hombre sobre la creación, que jamás se debe entender como un dominio absoluto.¹⁹

“El administrador debe dar cuentas de su gestión, y el divino Maestro juzgará sus acciones. La legitimidad moral y la eficacia de los medios empleados por el administrador son los criterios de este juicio. Ni la ciencia ni la tecnología son fines en sí mismas; lo que es técnicamente posible no necesariamente es también razonable o ético. La ciencia y la tecnología deben estar puestas al servicio del proyecto divino para el conjunto de la creación y para todas las criaturas. Este designio da significado al universo, así como a las empresas humanas. La administración humana del mundo creado es precisamente un servicio realizado mediante la participación en el gobierno divino, y siempre le está subordinada. Los seres humanos desarrollan este servicio adquiriendo un conocimiento científico del universo, ocupándose responsablemente del mundo natural (incluyendo los animales y el medio ambiente) y salvaguardando su misma integridad biológica”.²⁰

De este texto es muy importante la indicación acerca de que no todo lo técnicamente posible es por ello mismo algo razonable o ético. Este principio, formulado en multitud de ocasiones,²¹ ha sido de nuevo recordado por el Papa Francisco en la reunión con los participantes en la IV Conferencia Internacional sobre Medicina regenerativa (28 de abril de 2018).²² El que algo sea moralmente aceptable supone que

¹⁹ Lo citamos según la COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1969-2014*. Edición de E. Vadillo Romero, Madrid, BAC, 2017, Doc. 22, n. 50-95, pp. 705-724.

²⁰ *Ibid.* n. 22/61.

²¹ Por ejemplo, por Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El poder y la conciencia. Rostros personales frente a poderes anónimos*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, 15: “El problema decisivo de nuestro tiempo es el acrecentamiento tal del poder en manos del hombre, que comienza a escapar a su capacidad; y la suprema tarea el mantenerlo sin riesgo de una deshumanización de la conciencia o incluso de una perduración física de toda la humanidad”.

²² “La ciencia es un medio poderoso para comprender mejor tanto la naturaleza que nos rodea como la salud humana. Nuestro conocimiento avanza y con él aumentan los medios y tecnologías más sofisticadas que permiten no solo mirar la estructura más recóndita de los organismos vivos, incluidos los seres humanos, sino también intervenir en ellos de una manera tan profunda y precisa que pueda permitir incluso la modificación de nuestro propio *adn*. En este contexto, es esencial que aumente nuestra conciencia de la responsabilidad ética hacia la humanidad y el ambiente en el que vivimos. Mientras la Iglesia elogia todos los esfuerzos de investigación y aplicación encaminados a la atención de las personas que sufren, recuerda también que uno de los principios básicos es que «no todo lo que es técnicamente posible o factible es por eso mismo éticamente aceptable» La ciencia, como cualquier otra actividad humana, sabe que tiene límites que se deben respetar por el bien de la humanidad, y necesita un sentido de responsabilidad ética. La verdadera medida del progreso, como recordaba el beato Pablo VI, es la que tiene por objeto el bien de todos los hombres y de todo el hombre (cf. PP, 14). Si queremos preparar el futuro asegurando el bien de cada persona humana, tenemos que actuar con una sensibilidad más aguda cuánto más potentes sean los medios a nuestra disposición. Esta es nuestra responsabilidad con el otro y con todos los seres vivos. Efectivamente, hay necesidad de reflexionar sobre la salud humana en un contexto más

el acto sea coherente con la ley natural, eso quiere decir que debe ser coherente con los dinamismos más profundos de la naturaleza, uno de los cuales es, lógicamente, la propia conservación en el ser. Este principio, que santo Tomás de Aquino tuvo muy en cuenta, fue subrayado por la Comisión Teológica Internacional en un luminoso documento publicado bajo el título *En busca de una ética universal: nueva perspectiva sobre la ley natural* (2009).²³ No hace falta razonar mucho para darse cuenta de que esa idea de fondo lleva inmediatamente a considerar morales sólo aquellas acciones que no supongan la destrucción de la naturaleza que es necesaria para el hombre.

Entre las contribuciones contemporáneas para pensar esta responsabilidad del hombre, podemos señalar la obra del filósofo alemán Hans Jonas, sobre todo su libro *El imperativo de responsabilidad*.²⁴ Allí Jonas defiende que ha llegado la hora de una nueva ética, porque ha sucedido algo nuevo, y es la capacidad humana para destruir el mundo. Al ofrecer su propuesta, Jonas se sitúa en las antípodas de algunos pensadores, como David Benatar, que se lamentan del ser humano como peligro para la creación, y defienden que es mejor que este se extinga.²⁵ Benatar titula su libro *Mejor nunca haber sido*, aunque, de modo paradójico, traiga esta dedicatoria: "A mis padres, a pesar de haberme engendrado". Para Jonas, al contrario, el primer imperativo es proteger la vida humana, porque solo el hombre puede entender el imperativo de responsabilidad, solo él puede proteger la vida y hacer que siga adelante. Jonas descubre la experiencia más originaria de la responsabilidad precisamente en el nacimiento de un hijo y en la percepción que el padre y la madre tienen de la obligación de defender esa vida naciente. Desde esa experiencia de paternidad puede entenderse la responsabilidad que tiene el hombre de proteger el futuro del mundo. A esta luz, viene bien recordar lo que el mismo Papa Francisco escribe en su primera encíclica, *Lumen Fidei*:

amplio, teniendo en cuenta no sólo su relación con la investigación científica, sino también con nuestra capacidad de preservar y proteger el medio ambiente y con la necesidad de pensar en todos, especialmente en los que experimentan dificultades sociales y culturales que hacen precarios tanto el estado de salud como el acceso a los cuidados": FRANCISCO, *Discurso a los participantes en la Conferencia Internacional organizada por el Pontificio Consejo de la Cultura*. 28 de abril de 2018. El texto de este discurso pontificio puede consultarse en el siguiente enlace: <http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2018/april/documents/papa-francesco_20180428_conferenza-pcc.html>.

²³ Cf. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Documentos 1969-2014*. Edición de E. Vadillo Romero, Madrid, BAC, 2017, Doc. 24, pp. 828-840. "Se distingue tradicionalmente entre tres grandes grupos de dinamismos naturales que actúan en la persona humana. El primero, que es común con cualquier otro ser sustancial, incluye esencialmente la inclinación a conservar y desarrollar la existencia. El segundo, que es común con todos los seres vivos, incluye la inclinación a reproducirse para perpetuar la especie. El tercero, que le es propio como ser racional, conlleva la inclinación a conocer la verdad acerca de Dios, así como la inclinación a vivir en sociedad. A partir de estas inclinaciones se pueden formular los primeros preceptos de la ley natural. Estos preceptos son de un nivel muy genérico, pero forman como un sustrato primero, que es la base de toda reflexión posterior sobre el bien que se debe hacer y el mal que evitar" (n. 24/46).

²⁴ Cf. Hans JONAS, *The Imperative of Responsibility: In Search of an Ethics for the Technological Age*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.

²⁵ Cf. David BENATAR, *Better never to have been: the harm of coming into existence*, New York, Oxford University Press, 2006.

“¡Cuántos beneficios ha aportado la mirada de la fe a la ciudad de los hombres para contribuir a su vida común! Gracias a la fe, hemos descubierto la dignidad única de cada persona, que no era tan evidente en el mundo antiguo. En el siglo II, el pagano Celso reprochaba a los cristianos lo que le parecía una ilusión y un engaño: pensar que Dios hubiera creado el mundo para el hombre, poniéndolo en la cima de todo el cosmos. Se preguntaba: ‘¿Por qué pretender que [la hierba] crezca para los hombres, y no mejor para los animales salvajes e irracionales?’. ‘Si miramos la tierra desde el cielo, ¿qué diferencia hay entre nuestras ocupaciones y lo que hacen las hormigas y las abejas?’. En el centro de la fe bíblica está el amor de Dios, su solicitud concreta por cada persona, su designio de salvación que abraza a la humanidad entera y a toda la creación, y que alcanza su cúspide en la encarnación, muerte y resurrección de Jesucristo. Cuando se oscurece esta realidad, falta el criterio para distinguir lo que hace preciosa y única la vida del hombre. Éste pierde su puesto en el universo, se pierde en la naturaleza, renunciando a su responsabilidad moral, o bien pretende ser árbitro absoluto, atribuyéndose un poder de manipulación sin límites (n. 54)”²⁶.

d) Pero hay más elementos en la enseñanza de la Iglesia importantes con respecto a la creación. Como sabemos, la fe cristiana ha dado siempre mucha importancia al cuerpo. Esto se ve, sobre todo, porque es fe en la encarnación del Hijo de Dios, y fe en la resurrección de la carne. Pues bien, la carne del hombre, su cuerpo, se percibe desde aquí como su primera casa o su primer ambiente, desde el cual se relaciona con el mundo. Por eso, quien aprende a valorar su cuerpo como algo recibido de otro, se da cuenta de que el hombre no puede aislarse del mundo y tratarlo como una máquina, pues entiende que él mismo pertenece al mundo, lo habita por dentro, participa de la vida que recorre toda la creación. Y, a la vez, el cuerpo humano nos habla de que la naturaleza no es materia ciega, sino que en ella hay un sentido. Este sentido solo se desvela a la luz del amor, de la comunión y de la armonía entre los seres, pues en el cuerpo sentimos la llamada a esa comunión. En efecto, si el cuerpo da testimonio de que nadie se ha dado origen a sí mismo, el cuerpo también profetiza que nuestro destino definitivo es la comunión con Dios y con los demás.²⁷ Las palabras del Papa Francisco profundi-

²⁶ Sobre la ecología y la visión cristiana del mundo en la primera encíclica del Papa Francisco, puede consultarse mi estudio: Fernando CHICA ARELLANO, “Ecología humana (LS 155) y conversión ecológica (LS 216-221). En los cimientos de *Laudato Si’*”, (eds. LOMBARDI –SÁNCHEZ CAMPOS), *Laudato si’*, 69-96.

²⁷ Todas estas cuestiones han sido admirablemente sintetizadas y expuestas por José GRANADOS, *Teología de la carne. El cuerpo en la historia de su salvación*, Burgos, Monte Carmelo, 2012. En el “Prefacio” de la obra, el cardenal Angelo Scola explica la importancia del tema describiendo sucinta y acertadamente la situación contemporánea: «En nuestro tiempo, a la vez que se exalta el cuerpo (aunque como *Körper* y no como *Leib*, usando la preciosa distinción de la lengua alemana) se lo amenaza en su verdadera identidad, por una suerte de espiritualismo de rebote, tanto dentro como fuera de la Iglesia. Paradójicamente, lo que en los años sesenta del siglo pasado comenzó como proceso de liberación del cuerpo corre el riesgo de transformarse, gracias a los extraordinarios descubrimientos de la tecnociencia, en un proceso en que nos libramos del cuerpo. Y la Iglesia, tachada normalmente de ser enemiga del cuerpo, termina convirtiéndose en su aliada más poderosa. Pues, en efecto, no hay nada más opuesto al Dios cristiano y al Dios de la Biblia que una religiosidad espiritualoide y abstracta, que no toma en serio el método de la encarnación con

zan esta perspectiva y la explicitan, asociando la experiencia de lo creado como un hogar con la experiencia de la familia mediada por nuestros cuerpos:

“En esta línea, cabe reconocer que nuestro propio cuerpo nos sitúa en una relación directa con el ambiente y con los demás seres vivientes. La aceptación del propio cuerpo como don de Dios es necesaria para acoger y aceptar el mundo entero como regalo del Padre y casa común, mientras una lógica de dominio sobre el propio cuerpo se transforma en una lógica a veces sutil de dominio sobre la creación. Aprender a recibir el propio cuerpo, a cuidarlo y a respetar sus significados, es esencial para una verdadera ecología humana. También la valoración del propio cuerpo en su femineidad o masculinidad es necesaria para reconocerse a sí mismo en el encuentro con el diferente. De este modo es posible aceptar gozosamente el don específico del otro o de la otra, obra del Dios creador, y enriquecerse recíprocamente. Por lo tanto, no es sana una actitud que pretenda ‘cancelar la diferencia sexual porque ya no sabe confrontarse con la misma’” (LS n. 155).²⁸

e) Como último punto me parece fundamental subrayar una cuestión que quizás supere a otras por su relevancia. Si se toma mínimamente en serio lo que se denomina regla de oro “Todo lo que queráis que os hagan los hombres, hacedlo vosotros: en esto consiste la ley y los profetas” (Mt 7,12 y Lc 6,31), las consecuencias para el cuidado del medio ambiente son inmediatas. Por supuesto que este principio moral, como recordaba el texto citado En busca de una ética universal (2009),²⁹ se encuentra en otras tradiciones culturales y religiosas, pero en la fe cristiana adquiere una nueva luz por la participación en la vida divina que nos ha conseguido Jesucristo. Su horizonte principal es el de la comunión de los bienes divinos, pero del mismo modo que la gracia no elimina la naturaleza, ni el amor de caridad excluye el compartir bienes materiales, el mandato de tratar a los demás como uno quiere ser tratado se debe extender al entorno humano. Así como a nadie le gusta que su casa esté sucia o contaminada, tampoco puede querer que otros padezcan esa suciedad y contaminación. Esto es muy sencillo de entender.

Pero no solo este principio básico de la moral cristiana es importante respecto al cuidado del medio ambiente. Todos sabemos, y es algo que no se debe

que la misma Trinidad ha querido comunicarse a nosotros en Jesucristo» (11-12). ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Esto es lo que responde el profesor Granados en la citada obra: “Al postular la división entre pensamiento y materia, *res cogitans* y *res extensa*, y situar el ‘yo pienso’ como punto de partida de su reflexión, Descartes inauguraba un problema arduo de resolver: ¿cómo lanzar un puente entre el individuo y su mundo? Sólo hay una forma de escapar a este dilema: recuperar la condición originaria del cuerpo, relegada por el pensamiento cartesiano a elemento secundario de la identidad personal. Como veremos, es preciso concebir el cuerpo como dimensión integral de la persona, ingrediente irrenunciable para responder a la pregunta por el contenido de la vida. Esta integración del cuerpo en la persona no puede ser deducida de otros datos previos, pues ella misma es el elemento raíz en que se apoya toda la experiencia posterior” (44).

²⁸ Sobre lo tratado por el Papa en este número de LS, puede verse: Fernando CHICA ARELLANO, “La encíclica del papa Francisco *Laudato si'* y la ecología humana. Algunas pistas para entender el diálogo entre la naturaleza y el ser humano”, *Studia Cordubensia* 10 (2017) 83-105.

²⁹ Números 12 y siguientes.

ocultar, que la preocupación por el medio ambiente requiere medidas que a veces son gravosas porque restringen toda una serie de comodidades, en su mayoría superfluas, pero que por desgracia se han convertido a veces en nuevas esclavitudes para los ciudadanos de los países más desarrollados. Pues bien, la invitación cristiana a la sobriedad, que no es desprecio de los bienes, sino valoración primera del amor a Dios y al prójimo, por encima de ventajas materiales, me atrevo a decir que resulta imprescindible para un cuidado efectivo del entorno natural. El haber situado en primer lugar el consumo de bienes, junto con una serie de ventajas innegables, ha traído el inconveniente de una obsesión por el gasto, por lo epidérmico y trivial, que dificulta el desarrollo personal, y no digamos religioso, en muchos casos. El que, por ejemplo, la obesidad empiece a ser algo tan problemático o más que el hambre debe hacernos pensar. Promover la sobriedad y un estilo de vida austero y sencillo (cf. Rom 12,16; 1 Pe 5,8) casi me atrevo a decir que es un paso necesario para poder llevar a la práctica no pocas medidas imprescindibles para cuidar nuestro mundo. Todos estos aspectos han sido abordados ampliamente por el Papa Francisco al final de su encíclica:

“La espiritualidad cristiana propone un modo alternativo de entender la calidad de vida, y alienta un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo. Es importante incorporar una vieja enseñanza, presente en diversas tradiciones religiosas, y también en la Biblia. Se trata de la convicción de que ‘menos es más’. La constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento. En cambio, el hacerse presente serenamente ante cada realidad, por pequeña que sea, nos abre muchas más posibilidades de comprensión y de realización personal. La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida” (LS n. 222-223).³⁰

³⁰ Sobre esta temática, tratada en el último capítulo de LS, puede consultarse: Jesús SANZ MONTES, “Educación y espiritualidad ecológica: una visión franciscana”, (eds. CHICA ARELLANO – GRANADOS GARCÍA), *Loado seas, mi Señor*, 47-76.

3. CONCLUSIÓN

La Iglesia tiene mucho que aportar al cuidado de nuestro mundo, a la salvaguarda de la obra que salió de las manos del Creador. Cada vez son más las instancias que lo reconocen. Como ejemplo he anotado el estudio sobre la diversidad de los pájaros, que se acogen a la belleza de las iglesias de la vieja Europa. No es solo un hecho curioso, sino que está cargado de gran simbolismo. Muestra que donde la fe está viva, donde la presencia de Dios y la Iglesia se perciben de manera más neta, la naturaleza viene respetada, protegida, cuidada. En cambio, cuando la verdad de Dios Creador se difumina del horizonte humano lo creado se resiente. La crisis ecológica puede verse también desde la perspectiva de la fe, de una fe no exenta de crisis, pero llamada a convertirse en faro de esperanza.

LS ha puesto de relieve que una fe pujante ayuda al hombre a hacer habitable su entorno, a convertir el mundo en casa acogedora, mejor todavía en hogar fraterno. La fe nos recuerda que somos criaturas. No somos Dios. Esta percepción nos ayuda a colaborar con el Creador en la construcción de un mundo cada vez mejor, más digno y humano, más fraterno y menos excluyente. Es necesario por eso renovar la mirada de fe, una fe que no sea solo misticismo interior, sino que lea el designio de Dios creador en el orden creatural del universo y en el corazón del hombre.³¹

Francisco nos recuerda que, proclamando la resurrección de la carne, la Iglesia nos invita a mirar con esperanza al mundo, a comunicar una esperanza a toda la creación. Esta sintonía entre la Iglesia y la creación, en cuanto ambos son lugares de paz y de obediencia al Creador, la cantaba así uno de los primeros Papas, san Clemente, en cuya tradición se inserta el mensaje de *Laudato Si'*:

“Los cielos movidos por su gobierno se le someten en paz. El día y la noche recorren la carrera impuesta por Él sin que se estorben mutuamente. El sol, la luna y los coros de las estrellas recorren, según su mandato, en armonía y sin ninguna desviación, las órbitas que les han sido prescritas [...] Los escuadrones de los vientos, a su debido tiempo, ejecutan su tarea sin tropiezo. Las fuentes perennes, creadas para el goce y la salud, ofrecen sin falta sus pechos para la vida de los hombres. Y los animales más pequeños se agrupan en concordia y paz. El gran Creador y Señor del Universo mandó que todas estas cosas se mantuvieran en paz y concordia, derramando el bien sobre todos y, sobreabundantemente, sobre nosotros que nos hemos refugiado en sus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo”.³²

He querido subrayar que principios y postulados de este calado son los que la encíclica *Laudato Si'* sigue alumbrando con vigor y pujanza en nuestros días.

³¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta “Placuit Deo” sobre algunos aspectos de la salvación cristiana* (1 marzo 2018).

³² Cf. San Clemente Romano, *A los Corintios XX*, 1-10, en: Juan José AYÁN, *Padres Apostólicos*, Madrid, Ciudad Nueva, 2000, 161-162.

Sus afirmaciones continúan generando dinamismos fecundos e inspiradores para el cuidado de la naturaleza y los ecosistemas. Sus propuestas no se agotan en el inmediatez, sino que vislumbran a los niños y los jóvenes del mañana, que tienen derecho a un mundo mejor que el nuestro.

Este documento papal no cesa de caldear y favorecer criterios que fomenten un desarrollo económico inclusivo e integral, que acaben con la brecha existente entre ricos y pobres, que reduzcan de forma incisiva las desigualdades, preserven la biodiversidad, incrementen la vitalidad de las zonas rurales y no deterioren los tesoros naturales y sociales.

Sus sugerencias valen también para mirar el mundo con hondura a la hora de relacionarnos con él. La encíclica es una auténtica summa ecológica de donde extraer ideas para aguzar el oído hacia el clamor de una tierra que gime y de unos pobres que claman y ante los cuales no podemos permanecer indiferentes. Dicho grito requiere una respuesta adecuada, urgente y eficaz. Ante el deterioro de nuestro planeta, ante el sufrimiento de los postergados no son suficientes las palabras o las meras declaraciones. Hay que actuar ya. Las heridas de la tierra y el dolor de los pobres no consienten la espera.

En este sentido, *Laudato Si'* reclama que cada cual se examine para ver lo que ha hecho hasta aquí y lo que debe hacer todavía para que nuestra casa común sea un hogar fraterno y no excluyente. De la lectura de este texto magisterial sacamos que no basta traer a colación criterios generales, enumerar objetivos, mostrar las injusticias graves, proferir denuncias con cierta audacia; todo ello no tendrá peso real si no va acompañado en cada persona por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva.

Laudato Si' nos enseña que, a la hora de cuidar la tierra y socorrer a los necesitados, nadie sobra. Todos somos necesarios: gobiernos, organizaciones internacionales, el sector privado, las personas individualmente. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás la responsabilidad de las presentes injusticias, si al mismo tiempo no nos damos cuenta de que todos somos también responsables, y que, por tanto, la conversión personal es la primera exigencia. Esta humildad esencial quitará a nuestra acción toda clase de asperezas y de sesgos nocivos; evitará también el desaliento frente a una tarea que se presenta con proporciones inmensas.

Le agradecemos al Papa Francisco el que haya regalado al mundo y a la Iglesia un texto tan vibrante y enjundioso, tan claro y profético como *Laudato Si'*. Bebiendo de él, cada uno de nosotros, allá donde se encuentre, seguro que obtiene el aliento necesario para contemplar el mundo no desde la lógica del dominio, sino desde la solidaridad, el servicio y la colaboración con los que viven en las orillas de la vida y el progreso, de modo que nadie quede atrás.